

Manifiesto fundacional del **Grupo Reconstrucción**

Estamos a finales de agosto del año 2002 y seguimos en “la Argentina”, con comillas y, posiblemente, con ironía. La ironía es esta redundancia, decir lo obvio, aclaración innecesaria para un francés o un inglés que no creen poder estar en ningún otro lugar que Francia o Inglaterra pero obligada para quienes decimos “este país” recurrentemente como si la transitoriedad de nuestros antepasados no hubiera sufrido el corte que representó la adopción de otra lengua y el acostumbamiento al clima. Aunque las comillas puedan ser también parte integrante de nuestro arte de la injuria nacional. Como se usa “doctor” para herir, se puede decir “la Argentina” para ahondar la pena, para vernos deformados en el espejo, irónicos si nos va bien, neuróticos si nos va como a las personas de todo el mundo, más o menos, completando como se puede el círculo vicioso de la existencia. La Argentina, “la Argentina”, como ironía, como injuria. Pero, claro, y de eso se trata también, como amor.

La camiseta, te quiero patria, “yo cuando viajo a un argentino lo distingo a doscientos metros”. Y entonces, somos, y si somos, mañana se parece a anteayer y mejor que mejor a pasado mañana, la suma de todos los sustos, el futuro, los plazos de una vida, de la vida personal, familiar y comunitaria. Somos argentinos, un sentimiento que no se puede parar aunque con demasiada frecuencia, paramos para saber quiénes somos, qué nos vincula y preguntarnos dónde queremos ir.

Hasta no hace mucho sabíamos algunas cosas. Que teníamos una escuela pública que distribuía saberes, valores y nacionalidad de manera democrática aunque no viviéramos en democracia. Sabíamos que los hijos superarían a los padres en cultura, en patrimonio, en ciudadanía. Sabíamos también que aquellas dos cosas nos diferenciaban de nuestros vecinos americanos de un modo amenazante para ellos y envanecedor para nosotros.

Ahora que estamos parados, en el sinnúmero de interrogantes que tenemos, al menos tenemos una verdad. Aquel país no existe más. Preparen los pañuelos. Sí, pero para guardarlos.

Decíamos la Argentina y el plural del texto dice, decíamos, nosotros. Dados en llamar de aquí, hasta al menos pasado mañana, Grupo Reconstrucción.

Pasado y presente

La Argentina provoca frecuentemente la sensación de abismo. Alberto Olmedo en el balcón. En otoño de 2002, un pequeño grupo de (ex) militantes políticos resolvimos juntarnos, por comodidad, por proximidad en un bar del barrio de Palermo construido sobre una vieja fábrica y reciclado con residuos industriales, para discutir el drama público en estado público con intenciones imprecisas. Simultáneamente otros grupos, otras reuniones, otras catarsis se gestaban en otros barrios de esta y otras ciudades del país con otros protagonistas. Sabemos poco de ellos, pero ya nos conocemos lo suficiente nosotros. Pertenece a la clase media, nuestro acceso a la salud está simplificado por obras sociales y medicina privada, nuestras cocinas están llenas de electrodomésticos. Aunque a algunos ya les ha tocado la puerta el fantasma del desempleo y a todos el de la incertidumbre. Tenemos profesiones u oficios calificados, orientados, en general, a las ciencias sociales y al sector servicios. Ninguno tiene vínculos con la producción de manufacturas o de materias primas. Hombres y mujeres urbanos, asfálticos, melancólicos. Nuestras vidas, debemos decirlo, económicamente se han organizado con fuerte respaldo del estado argentino. Muchos de nosotros, somos o fuimos en determinados momentos de nuestra vida, empleados del estado argentino. No obstante, nuestra relación con el aparato estatal no ha sido ni es de saqueo sino de contribución y si el estado hablara podríamos decir, con él, de mutuo interés. El Estado nos permite reproducirnos calóricamente y

simbólicamente, y nosotros le damos lo que sabemos para que lo distribuya en pos del bien común. Que no lo haga, nos excede, nos indigna, no nos conforma y nos moviliza.

La mayoría de los integrantes de Reconstrucción nos integramos a la vida política a comienzos de los años ochenta entre la salida de la dictadura y el comienzo del último período democrático. Militamos en organizaciones políticas ubicadas del centro a la izquierda, casi todas socialdemócratas. Nuestras diferencias de entonces, no eran graves. Había una pregunta que, posiblemente, nos separara. ¿Cuánto más a fondo podía ir un gobierno democrático para desatar las mil y un trampas dejadas por la última dictadura militar y sus financistas? Sobre esa discusión ya nos hemos disculpado, sin hablarlo siquiera. No hay cuentas pendientes entre nosotros, las cuentas son de cada uno con sus organizaciones y con su paso por ellas. ¿Hicimos las paces con aquellas marchas, con aquellas miles de horas de comité? Muchos compañeros de aquellos tiempos hablan de tiempo perdido. Provisionalmente, les decimos que el tiempo lo hubieran perdido igual.

A principios de los ochenta, teníamos la nostalgia de lo que no habíamos vivido, la década del setenta, las tomas de fábricas, la hegemonía de un discurso que proponía cuanto menos la liberación nacional y social. Sentir que el poder, el poder en serio, estaba ahí nomás. A un tiro, a un libro, a una editorial de El Descamisado o El Combatiente, a una manifestación de distancia. Nos convencimos, sin convencernos del todo, de que era mejor así como lo hicimos, votando, ganando centros de estudiantes, dialogando civilizadamente y, entonces, nos pusimos blazers los días de reunión, guardando los pulóveres peruanos para las peñas. Leíamos sobre la moda democrática y conocer un diputado nos daba prestigio. Difícil restituir a esos acontecimientos aquella plenitud que, pese a la inercia nostálgica, nos colmaba de todos modos y nos impedía imaginar otra cosa.

Hoy vivimos descreídos con razón y somos los que sí creemos que toda noticia política es falsa. Siempre con un fondo de indiferencia, debido al afán de evitar las discusiones, siempre irritantes, y al sentimiento de que, después de todo, las cosas no tienen importancia. Esto último lo aprendimos en los noventa, durante el menemismo, cuando viajamos, cambiamos de casa y accedimos por diez dólares al menú ejecutivo y al internacionalismo gastronómico.

Y si bien la experiencia nos demuestra que la mayoría de los seres cambian muy poco, también creemos que, como la aventura psicoanalítica permite al sujeto atenuar sus sufrimientos, volver a encontrar sus deseos y recomenzar su creatividad indefinidamente, repolitizarnos puede aliviar esta deriva incoherente provocada por lo que aprendimos a ser, palomitas blancas, trabajadores, ciudadanos, superiores a nuestros padres, y a lo que ya no somos. También a encontrar la respuesta a lo que quisiéramos ser, teniendo en cuenta las condiciones reales de existencia en la Argentina, enclavada quizás como nunca en el triste destino sudamericano.

Váyanse a bañar

El noticiero de un canal de cable de noticias que no brinda noticias escandalosas o que, al menos, no las brinda con escándalo, informó hace pocos días: “Se viene Santa Rosa”. Traducido, indicaba que iba a llover, que iba a llover fuerte y que como la fecha coincide con la conmemoración de Santa Rosa, esta tormenta lleva su nombre, o peor, debe adjudicársele. Año tras año, se informa “se viene Santa Rosa”. Por supuesto, llueve cuando se le antoja a las nubes, pero lamentablemente si llueve fuerte antes de Santa Rosa se dice que “Santa Rosa se anticipó” y si la lluvia viene después se dice que “Santa Rosa vino atrasada”. En fin, todo lo profano es sagrado en Argentina, en este país.

¿Y cuando los noticieros y sus ahijados políticos dicen “que se vayan todos”? ¿Será antes o después de Santa Rosa?

“Que se vayan todos”, una frase que se organizó como mito para la acción por muchos de nuestros compañeros opuestos al neoliberalismo y al seleccionado de trescientos sinvergüenzas que manejan la política argentina.

Nadie sabe quién lo dijo primero pero es verosímil que haya sido de esta manera. En los caóticos días de diciembre de 2001, un cronista de la televisión le preguntó a un protestador porque estaba con la cacerola. “Porque estamos podridos, de que nos afanen, de que no haya soluciones”. “¿Y usted que quiere?”, le preguntó el cronista. “Y..., que se vayan, todos”. Luego el que redacta los títulos en el canal la inmortalizó en letras blancas sobre fondo azul. “Que se vayan todos.” Un televidente lo escribió en una pancarta y luego sirvió para organizar la protesta, el mito, el mito para la acción.

Esa frase, debe saberlo la posteridad, no conforma al Grupo Reconstrucción. Porque revela la facilidad con que la lucha política se apoya en la mistificación para construir consensos. Porque la mistificación no ayuda a comprender fenómenos en toda su complejidad y porque el “que se vayan todos” tiene un tufillo antipolítico que es funcional a quienes prefieren la anulación de la representación política. Con los gerentes estaremos mejor.

En la vida real suele ocurrir que los momentos importantes no siempre parecen importantes si se escucha lo que los hombres dicen. Podríamos decirlo al revés, si los hombres dicen que este momento es muy importante, posiblemente no lo sea. Tal vez, el momento importante de la Argentina haya ocurrido hace algunos años, o tal vez ni siquiera ocurrió.

Hemos dicho, nos hemos dicho, que nos llamamos reconstrucción. Que significa, construir dos veces, construir arriba. O volver a construir arriba de lo ya construido y que posiblemente esté destruido aunque la simple palabra no informa tanto. Si se reconstruye se puede alimentar el equívoco de suponer que se quiere construir lo mismo. Es más fácil desprender eso que desprender que se quiere construir otra cosa. Pero ni la Revolución Francesa barrió con todos los hombres y todos los edificios.

Decíamos que los firmantes de este Manifiesto, en buen número, iniciamos nuestro acercamiento a los asuntos públicos en la restauración democrática del año 1983. La teoría de la democracia, la fetichización del voto fueron el transporte que explicaba y que justificaba nuestro accionar. Casi veinte años después, la democracia fue una experiencia que sirvió para modernizar determinadas conductas, facilitar la salida de la clandestinidad de algunas minorías. Hecho el recorrido, nos encontramos con discotecas para gays, ley de divorcio y la más maravillosa de las desvergüenzas entre los más jóvenes para hablar de sus dolores y sus amores. Bien por la democracia. Pero, posteridad, aumentó la concentración de la riqueza, la mitad del pueblo argentino se debate entre la pobreza y la indigencia que significa no poder renovar siquiera las calorías que se necesitan para nacer cada mañana. En los términos del pensamiento cálculo podríamos decir que hicimos un mal negocio. Invertimos mal tanta pintada, tanta marchita, tanto bono contribución.

Hacer política es de aquí en más construir cotidianamente ciudadanía. Pelear por los derechos, hacerlos cumplir con la misma pasión con que se niega una infidelidad o con la fuerza con que un moribundo se aferra a la vida. Ser ciudadanos, vivir en una ciudad, gozando de los derechos que ahí están y nadie abolió y obligándonos a las obligaciones.

En qué creemos

Decía San Pablo que allí donde la ley abunda, el pecado sobreabunda. De la Constitución para abajo, los argentinos contamos con el mayor ejército de leyes del mundo. Sólo que no se aplican, que no se cumplen, que no se respetan. Lo más claro es que no hay vacío legal en la Argentina. Tampoco creemos que exista un problema de diagnóstico, decimos que la Argentina está sobre diagnosticada.

Claro, que el cumplimiento acabado de las reglas existentes puede no ser suficiente. Habrá normas y políticas por instituir. Fuimos un país con integración social progresiva, esto que era orgullo y distintivo de ser argentino, debe ser reconstruido. Cómo hacerlo, encontrar los modos de hacer progresismo distribuyendo mejor los recursos y aun sin recursos, con los límites que impone el mundo cruel y hostil en el que vivimos, ese es un objetivo del grupo Reconstrucción.

No menos importante que pensar la integración económica de la Argentina con el mundo en términos aceptables. La Argentina tiene memoria industrial y casi cualquier argentino cree que puede tener un restaurant, lo que habla de una vocación empresaria existente y bien distribuida. Aunque, claro, con la particularidad que debe ser abolida del ventajismo y la poca dedicación.

En términos generales la producción local de manufactura nunca fue de calidad. Por eso quedamos relegados al mercado interno, tuvimos poco afán exportador y también por eso, cualquier modificación en el tipo de cambio favorable a la importación terminó con la producción local, provocando la particularidad de que los empresarios locales cerraban alegremente sus fábricas para terminar importando productos que ellos fabricaban antes.

Lo decimos claramente. Reconstrucción lucha contra el neoliberalismo en todas sus manifestaciones, considerándolo responsable principal de la destrucción de la Argentina como proyecto de país socialmente integrado, económicamente sustentable y políticamente democrático.

Para lograrlo, entre otras cosas, debe regenerarse la confianza pública en las instituciones y ese será un arduo camino que creemos y abogamos por que incluya obligatoriamente a la propia sociedad. Reconstrucción sugiere que se debe llevar la política a los hogares, a las escuelas, a los barrios. Hay aspectos de la vida comunitaria que pueden decidirse en escalas que involucren a la sociedad activamente y cotidianamente aun al costo de su ineficiencia o la demora en su implementación. En ese sentido debe rescatarse la productividad política de las organizaciones de la sociedad civil que se han dedicado estos años tanto a atender las urgencias sociales como a proteger los derechos de las minorías. La política tiene mucho que aprender sobre funcionamiento, disciplina y cumplimiento de objetivos que estas organizaciones exhiben.

Finale

La política está reñida con la verdad. Eso se sabe desde siempre, por lo que es pertinente no enojarse con lo que es natural a determinadas manifestaciones humanas. Pero se puede hacer política sin decir sandeces. Pensando antes de hablar y hacer pensando.

Los integrantes de Reconstrucción propiciamos la generación de una masa crítica articulada a los actores sociales, capaz de construir diagnósticos y propuestas para los problemas del país y lo local con sentido popular, nacional, democrático, justo.

Por otra parte, Reconstrucción promueve la recuperación de la memoria y el debate sobre el pasado como herramientas para recuperar la experiencia de las generaciones precedentes, debatir errores y encontrar nuevos rumbos. Sabemos que todo bienestar verdadero tiene un pasado y hacia él vamos para volver, para ir para adelante sin fugar, con la aburridísima Constitución en la mano, aborreciendo el pensamiento cálculo, con la meta moral de un país para todos.

Seremos argentinos todo el tiempo, con menos palabras, con palabras nuevas, con gestos propios y con modales prestados. Se puede decir, queremos un país mejor. No se puede decir que no será en el plazo de nuestras vidas.

Buenos Aires, agosto de 2002